

I

La publicación, con ocasión del 80.º aniversario de la Revolución de Octubre, de un *Libro negro del comunismo* redactado por un grupo de historiadores bajo la dirección de Stéphane Courtois, ha desencadenado un debate de gran amplitud primero en Francia y después en el extranjero.⁵ La obra, que tenía que haber sido prologada por François Furet, fallecido algunos meses antes, se esfuerza por dibujar, a la luz de las informaciones de que hoy disponemos, un balance preciso y documentado del coste humano del comunismo. Este balance se cifra en cien millones de muertos, o sea, cuatro veces más que el número de muertos que esos mismos autores atribuyen al nacional-socialismo.

En rigor, tales cifras no constituyen una revelación. Numerosos autores, desde Boris Souvarin hasta Robert Conquest y Solzhenitsin, se habían interesado ya en el sistema concentracionario soviético (Gulag); en las hambrunas deliberadamente mantenidas —si no provocadas— por el Kremlin en Ucrania, que en 1921-22 y 1932-33 causaron cinco y seis millones de muertos respectivamente; en las

deportaciones de que fueron víctimas siete millones de personas en la URSS (kulaks, alemanes del Volga, chechenos, inguches y otros pueblos del Cáucaso) entre 1930 y 1953; en los millones de muertos provocados por la «revolución cultural» china, etc. Respecto a esos trabajos anteriores, el balance que propone el *Libro Negro* parece incluso calculado a la baja: no han faltado estimaciones mucho más altas.*

* Mientras que S. Courtois evalúa en 20 millones el número de víctimas en la URSS, Z. Brzezinski (*The Grand Failure. The Birth and Death of Communism in the 20th Century*, Scribners, Nueva York, 1989) se arriesgaba diez años antes a dar una estimación de 50 millones de muertos. R. J. Hummel, de la universidad de Hawai, estima que el régimen soviético mató 61,9 millones entre 1917 y 1987 (*Lethal Politics. Genocid and Mass Murder since 1917*, Transaction Publ., New Brunswick, 1996). R. Conquest, cuyos trabajos (*La grande terreur*, Stock, 1970, 2.^a ed.; *La grande terreur. Sanglantes moissons*, Robert Laffont, 1995) han afirmado durante mucho tiempo su autoridad, llega a un total de 40 millones de víctimas, sin contar los muertos de la Segunda Guerra Mundial. D. Volkgonov (*Le vrai Lénine, d'après les archives secrètes soviétiques*, Robert Laffont, 1995) ha hablado de 35 millones de muertos entre 1917 y 1953; J. Julliard, de «40 millones de muertos en la URSS» («Les pleureuses du communisme», en *Le Nouvel Observateur*, 19 de septiembre de 1991, pág. 58); D. Panine, de «60 millones de víctimas». A. Solzhenitsin, en el segundo volumen del *Archipiélago Gulag* también daba la cifra de 88 millones de víctimas. Algunos investigadores basan sus cálculos en una evaluación del «lucro cesante» demográfico de la población rusa. En 1917, la URSS conta-

El interés del libro reside más bien en que se apoya en una documentación rigurosa procedente en parte de los archivos de Moscú, hoy abiertos a los investigadores. Ésa es la razón de que las cifras que en él se reflejan no hayan sido apenas impugnadas, y la conclusión de un cierto número de observadores es que «el balance del comunismo constituye el caso de carnicería política más colosal de la historia»⁶ o que ya se ha establecido la verdad sobre «el

ba con 143,5 millones de habitantes. Las anexiones de 1940 sumaron 20,1 millones más; o sea, un total de 163,6 millones. De 1917 a 1940, y luego de 1940 a 1959, el incremento natural hubiera debido de llevar el volumen a 319 millones de individuos. Ahora bien, en 1959 sólo había en la URSS 208,8 millones de habitantes, lo cual significa un «déficit» de 110,2 millones. Si de esta última cifra se deduce el número de las víctimas de la guerra (44 millones), el resto, es decir, 66,2 millones de hombres, mujeres y niños, representaría el coste humano del sistema soviético (cf. el artículo del demógrafo Kurganov aparecido el 14 de abril de 1964 en el periódico *Novie Russkoié Slova*, traducción francesa en *Est & Ouest*, 16 de mayo de 1977). En el otro extremo, J. Arch Getty todavía sostenía hace quince años que el número de las personas ejecutadas en la época estaliniana nunca superó «algunos miles» (*Origins of the Great Purges*, Cambridge, 1985, pág. 8). Cf. también Jean-Pierre Dujardin, «Coût du communisme: 150 millions de morts», en *Le Figaro-Magazine*, 18 de noviembre de 1978, págs. 50-51 y 150; R. W. Thurston, *Life and Terror in Stalin's Russia, 1934-1941*, Yale University Press, New Haven, 1998. El número de los internados del Gulag ha sido probablemente sobrevaluado. M. Collinet, en su *Tragédie du marxisme*, avanzaba en 1948 la cifra de 20 millones de

mayor, el más sanguinario sistema criminal de la historia».*

Así las cosas, lo que ha despertado el debate no son tanto los propios hechos como su interpretación. Sea cual fuere su latitud —observa Stéphane Courtois—, todos los regímenes comunistas han «erigido el crimen de masas en verdadero sistema de gobierno». Puede deducirse de ahí que el comunismo no ha matado en contradicción con sus principios, sino en conformidad con ellos —en otros términos, que el sistema comunista no ha sido sólo un sistema que ha cometido crímenes, sino un sistema cuya esencia misma era criminal. «Nadie más —escribe Tony Judt— podrá desde ahora poner en duda la naturaleza

detenidos al final de la guerra. J. Rossi (*Le Manuel du Goulag*, Cherche-Midi, 1997) habla de 17 a 20 millones de prisioneros para el período 1940-50. Basándose en los archivos oficiales, N. Perth («Goulag: les vraies chiffres», en *L'Histoire*, septiembre de 1993) ha mostrado que la población total del Gulag al final de la época estaliniana era de unos 2,5 millones de personas. Se tiene que añadir, sin embargo, el número de los deportados en «colonias especiales»: más de 2,7 millones de personas a 1.º de enero de 1953.

* Pierre Chaunu, «Les jumeaux “malins” du deuxième millénaire», en *Commentaire*, primavera 1998, p. 219. «Desde el comienzo del mundo —ya había escrito Jacques Julliard—, ningún régimen, ninguna dinastía, ningún monarca había conseguido nada parecido. Ni siquiera el nazismo, que, hacia el final, se quedó corto de tiempo» («Les pleureuses du communisme», art. cit., pág. 58).

criminal del comunismo». ⁷ A ello se añade el hecho de que el comunismo ha matado más que el nazismo, que ha matado durante más tiempo que él y que ha comenzado a matar antes que él. «Los métodos instituidos por Lenin y sistematizados por Stalin y sus émulos —escribe Courtois— no sólo recuerdan a los métodos nazis, sino que con mucha frecuencia les son anteriores». Y añade: «Este mero hecho incita a una reflexión comparativa sobre la similitud entre el régimen que a partir de 1945 fue considerado como el más criminal del siglo y un régimen comunista que hasta 1991 ha conservado toda su legitimidad internacional y que, hasta hoy, está en el poder en varios países y mantiene adeptos en el mundo entero».

El debate ha ido a anudarse en torno a estas dos últimas cuestiones. La idea de que el comunismo pueda ser considerado como intrínsecamente criminógeno y virtualmente exterminacionista continúa, en efecto, prestándose a las más vivas resistencias. Lo mismo ocurre con el postulado de comparabilidad entre comunismo y nazismo. Por haber abordado ambos puntos, Courtois se ha «visto atacado con inusitada violencia por autores que no han dudado en calificar su libro como «una impostura intelectual», una «operación de propaganda» (Gilles Perrault), una «amalgama» (Jean-Marie Colombani), un «regalo al Frente Nacional en el momento del proceso Papon» (Lilly Marcou), una «macabra contabilidad de mayorista» (Daniel Bensäid), un «panfleto ideológico» (Jean-Jacques Marie), una «estafa» (Maurice Nadeau), una «nega-

ción de la historia» (Alain Blum) e incluso como «negacionismo» (Adam Rayski). Muy revelador, a este respecto, es el hecho de que se haya podido reprochar a Stéphane Courtois el haber escrito que «la muerte por inanición del hijo de un kulak ucraniano deliberadamente condenado al hambre por el régimen estalinista “vale” lo mismo que la muerte por inanición del hijo de un judío del gueto de Varsovia condenado al hambre por el régimen nazi». Lo verdaderamente escandaloso no es esta frase, sino el propio hecho de que alguien pueda discutirla. Philippe Petit ha llegado incluso a escribir que «todos los muertos no valen lo mismo»,⁸ aunque no ha precisado los criterios de apreciación que permitirían distinguir entre víctimas de primer y de segundo rango. Que hoy en día sea preciso argumentar para considerar que un crimen es un crimen, o para demostrar que todas las víctimas valen lo mismo, es algo que dice mucho sobre el espíritu de nuestro tiempo.

II

La idea de que se pueda comparar a los regímenes comunista y nazi ha sido siempre rechazada con indignación por los comunistas. Generalmente se olvida que los nazis la habrían rechazado con igual indignación. Sin embargo, tal comparación ha sido establecida desde hace mucho tiempo por autores tan diferentes como Waldemar Gurian, Elie Halévy, George Orwell, Victor Serge, André Gide, Simone Weil, Marcel Mauss o Bernard Shaw.

Quienes tuvieron el triste privilegio de ser sucesivamente internados en los campos comunistas y en los nazis, pudieron hacer dicha comparación sobre el terreno. Liberada en 1945 del campo de Ravensbrück, después de haber formado parte de un grupo de comunistas alemanes que el NKVD había hecho pasar sin transición de los campos de la muerte en Siberia a las mazmorras de la Gestapo, Margarete Buber-Neumann había declarado en su día: «No creo que haya habido o que persista aún una diferencia de grado a favor de los campos soviéticos». Su voz fue inmediatamente ahogada.

La misma comparación ha servido después de funda-

mento al estudio del totalitarismo, concepto teorizado especialmente por Hannah Arendt. Igualmente, Allan Bullock ha redactado una biografía paralela de Hitler y Stalin. François Furet, más recientemente, se ha preguntado en profundidad por los motivos de fondo que mueven a quienes se niegan a comparar ambos sistemas. «Esta prohibición —escribe Furet—, interiorizada por los inconsolables como una verdad casi religiosa, no permite pensar el comunismo en su realidad más profunda, que es totalitaria».⁹ Nazismo y comunismo han sido descritos también por Pierre Chaunu como «gemelos dicigóticos», «falsos gemelos».¹⁰ Alain Besançon, en la comunicación presentada a la sesión pública anual de reapertura del Instituto de Francia, los ha presentado como sistemas «igualmente criminales».¹¹

La comparación entre comunismo y nazismo es, de hecho, no sólo legítima, sino indispensable, porque sin ella ambos fenómenos resultan ininteligibles. La única manera de comprenderlos —y de comprender la historia de la primera parte de este siglo— es «tomarlos juntos» (Furet), estudiarlos «en su época» (Nolte), es decir, en el momento histórico que les es común.

Una de las razones en las que se basa esta posición es la existencia de lo que Ernst Nolte ha llamado «un nexo causal» (*kausaler Nexus*) entre el comunismo y el nazismo. En efecto, el nazismo aparece, en muchos aspectos, como una reacción *simétrica* al comunismo. Ya Mussolini, en 1922, cuando la marcha sobre Roma, pretendía hacer frente a la

amenaza «roja». El año siguiente, cuando la marcha de la *Feldherrnhalle*, el nazismo naciente halla eco en el recuerdo de la Comuna bávara y de las insurrecciones espartaquistas. Frente a unos regímenes parlamentarios a los que se percibía como débiles e inadaptados, el golpe de Estado revolucionario «nacional» aparece como una respuesta lógica al golpe de Estado bolchevique, al mismo tiempo que introduce en la vida civil métodos de acción extraídos de la experiencia de las trincheras. El nazismo puede, pues, definirse como un anticomunismo que ha tomado de su adversario las formas y los métodos, empezando por los métodos del terror. Esta tesis, sostenida desde 1942 por Sigmund Neuman,¹² ha sido sistematizada por Nolte en su interpretación «histórico-genética» del fenómeno totalitario, y obliga a interrogarse sobre las relaciones de mutuo engendramiento y reciprocidad o interdependencia entre los dos sistemas. Es verdad que tal tesis, llevada al extremo, puede también conducir a desdeñar sus raíces ideológicas, que son anteriores a la Gran Guerra, pero no cabe duda de que contiene, cuando menos, una parte de verdad. Podemos expresarlo de otro modo preguntándonos si el nazismo habría tenido las formas que lo han caracterizado en caso de que el comunismo no hubiera existido. La respuesta, muy probablemente, es negativa.

Otro motivo que justifica la comparación entre ambos sistemas es la estrecha imbricación dialéctica de sus respectivas historias. Del mismo modo que el sistema soviético ha despertado una poderosa movilización en nom-

bre del «antifascismo», el sistema nazi no cesó de movilizar en nombre del anticomunismo. El segundo veía en las democracias liberales regímenes débiles, susceptibles de desembocar en el comunismo, mientras que el primero, en el mismo momento, las denunciaba como susceptibles de limpiar el camino al «fascismo». El comunismo, siendo antinazi, intentaba demostrar que todo antinazismo consecuente llevaba al comunismo. El nazismo, siendo anticomunista, intentaba instrumentalizar el anticomunismo de forma similar, es decir, legitimándose frente a un enemigo presuntamente común. Ambas estrategias dieron sus frutos. En los años treinta, como ha subrayado George Orwell, muchos se hicieron nazis por un motivo horror al comunismo, mientras que muchos se hicieron comunistas por un motivado horror al nazismo. El miedo justificado al comunismo empujó a sostener a Hitler en su «cruzada contra el bolchevismo», y el miedo justificado al nazismo llevó a ver en la Unión Soviética la última esperanza de la humanidad.

Comparar evidentemente, no quiere decir *asimilar*: unos regímenes comparables no son necesariamente idénticos. Comparar significa *poner juntas*, para pensarlas juntas bajo un cierto número de relaciones, dos especies distintas de un mismo género, dos fenómenos singulares en el interior de una misma categoría. Comparar tampoco es banalizar o relativizar. Las víctimas del comunismo no borran a las del nazismo, del mismo modo que las víctimas del nazismo no borran a las del comunismo. No es

posible, pues, apoyarse en los crímenes de un régimen para justificar o atenuar la importancia de los cometidos por el otro: los muertos no se anulan, sino que se suman.

Que el comunismo haya sido más destructor aún que el nazismo no puede hacer que el segundo sea «preferible» al primero, porque la decisión jamás se ha reducido a una alternativa entre uno u otro.